

DEBATE

VERDADES INCONVENIENTES: BÚSQUEDA DE UN INTELLECTUAL PÚBLICO POR LA VERDAD, LA JUSTICIA Y EL PODER

Walden Bello*

RESUMEN: La sociología pública cuestiona las sabidurías convenidas y avanza el análisis agudo y singular. También enfrenta a concepciones convencionales que se incrustan en el sentido común y que representan intereses o la lógica de la fuerza. Para trascender al sentido común, como el de la ortodoxia neoliberal, es inevitable la formación de un movimiento social. Y, para retar a la sabiduría convencional, se requiere develar la verdad mediante el uso de métodos poco ortodoxos, aunque esto implique, en muchas ocasiones, enfrentarse con agencias poderosas y depositarias de secretos. Independientemente de que las verdades estén ocultas y en manos del poderoso o el débil, rescatar la verdad engendra hostilidad permanente, así lo he experimentado con mi investigación sobre los asesinatos consumados por el Partido Comunista de Filipinas. El conflicto inherente entre la verdad y el poder nunca desaparece.

PALABRAS CLAVE: justicia, Filipinas, intelectual público, verdad, Banco Mundial.

* Integrante de la Cámara de Representantes de Filipinas y ex miembro de la Universidad de Filipinas, Manila.

Traducción al español por Edgar Zayago Lau.

ABSTRACT: Public sociology challenges broadly accepted knowledge and furthers unique, pointed analyses. It also confronts conventional ideas that are buried in “common sense” and that represent certain interests or arise from the force of logic. To overcome “common sense,” as it is expressed in neoliberal orthodoxy, the creation of a social movement is inevitable. And, to challenge conventional knowledge, the truth must be revealed through the use of unorthodox methods, although this implies in many cases a confrontation with powerful agencies and “State secrets.” Independent of the truths that are hidden and in the hands of the powerful or the weak, uncovering the truth can lead to long-lasting hostility, such as that which I experienced during my investigation of the assassinations carried out by the Communist Party of the Philippines. The inherent battle between truth and power will never disappear.

KEY WORDS: justice, Philippines, public intellectual, truth, World Bank.

INTRODUCCIÓN

El análisis social me fascinó desde mis años universitarios. A partir de varias experiencias descubrí que el comportamiento humano era determinado por la socialización, los procesos sociales y la estructura social. Esto me dotó de un poder de análisis superior al de otras perspectivas. Una parte de mí reconoció el valor del análisis teórico; no por su importancia en sí, sino más bien como pauta para moldear y mejorar las estructuras sociales. Así pensaba antes de adentrarme en las 11 tesis de Marx sobre Feuerbach.

El activismo nunca se alejó de mi trabajo académico. Al mismo tiempo que cursaba mis estudios de posgrado en sociología en Princeton, dirigí la toma de la Facultad Woodrow Wilson contra la guerra de Vietnam. Mientras escribía mi disertación sobre la contrarrevolución en Chile, me involucré en la organización del movimiento anti-Marcos en Estados Unidos, pero ya como cuadro del Partido Comunista de Filipinas. Al terminar mi doctorado, dejé la universidad para sumergirme en el activismo clandestino de tiempo completo y no retorné al trabajo académico sino 20 años después. Sin embargo, fueron esos años de activista los que, desde mi perspectiva, forjaron mi mejor trabajo intelectual y analítico.

Hay tres lecciones que aprendí en mi papel de intelectual o sociólogo público. La primera es que las verdades se convierten en verdad mediante la acción. La segunda, que se llega a la verdad mediante métodos de investigación no ortodoxos. Y la tercera, que la tensión entre teoría y práctica, entre pensamiento y acción, entre verdad y poder, es inevitable. Pensar que dicha tensión puede separarse es una ilusión peligrosa de la intelectualidad pública.

LAS VERDADES SE CONVIERTEN EN VERDAD MEDIANTE LA ACCIÓN

Las verdades necesitan acción para convertirse en verdad. Esta es la primera lección, evidente para mí tras los eventos de Seattle a finales de noviembre

y principios de diciembre de 1999. En la década anterior a Seattle, había un sinnúmero de estudios en circulación, incluyendo informes de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que cuestionaban el supuesto de que la globalización y las políticas de libre mercado promovían crecimiento y prosperidad. En lugar de esto, los datos mostraban que la globalización y las políticas pro mercado generaban desigualdad, mayor pobreza y estancamiento, especialmente en el Sur Global. No obstante, estos informes eran poco serios ante los ojos de académicos, la prensa y los encargados de la política pública, quienes sin titubear repetían el mantra neoliberal: *la liberalización de la economía promueve el crecimiento y la prosperidad*. La perspectiva ortodoxa lo repetía hasta el hartazgo en las aulas y los medios. Mientras tanto, en los círculos políticos, los críticos de la globalización se catalogaban como simples luditas.

Pero entonces se organizaron protestas masivas contra la globalización en Seattle y, prácticamente, condenaron al fracaso la tercera reunión de alto nivel de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Es evidente que junto al colapso de la reunión al seno de la OMC, también lo hizo un credo que se repetía como verdadero. Después de Seattle, la prensa empezó a cubrir «el lado oscuro de la globalización», que incluía, entre otros aspectos, a la desigualdad y la pobreza. Posteriormente, el campo globalizador sufrió deserciones importantes, como la del financiero George Soros, el premio nobel Joseph Stiglitz y el economista Jeffrey Sachs. Dos estudios independientes ampliaron las dudas sobre lo positivo de la globalización: uno, elaborado por el profesor Robin Broad de la Universidad Americana y publicado en el *Review of International Political Economy*; el otro, organizado por un panel de economistas neoclásicos liderados por Angus Deaton, profesor de Princeton, y Ken Rogoff, ex economista en jefe del Fondo Monetario Internacional (FMI). Ambos estudios mostraban cómo el Banco Mundial (BM), abogado de la globalización y la liberalización del comercio, distorsionaba deliberadamente datos para mostrar la disminución de la pobreza e inequidad (Banerjee *et al.*, 2006; Broad, 2006). Mucho antes de la crisis financiera de 2008,

la credibilidad del neoliberalismo y la promesa de la globalización habían sido cuestionadas severamente en varios frentes.

¿Qué motivó el cambio? La acción tuvo mucho que ver, y muy poco el debate o la investigación. Se necesitó de la acción militante de las masas y el colapso de la reunión de la OMC para aceptar que la globalización incrementaba la desigualdad y la pobreza; es decir, a partir de la acción las opiniones infundadas se convirtieron en hechos, en verdades. La convergencia de las protestas masivas en las calles de Seattle y el rechazo de los delegados de los países subdesarrollados, en el Centro de Convenciones del Sheraton, fueron decisivas. Esto demuestra que la verdad no está «ahí afuera». La verdad se completa, se hace realidad y se ratifica por la acción. Así como Colón en su viaje avanzó la verdad de que la tierra era redonda, Seattle fue un evento histórico que convirtió la verdad en «verdadera».

MÉTODOS NO ORTODOXOS

Mi segunda lección de vida sobre el análisis público tiene que ver con los métodos de investigación. Una de mis conclusiones es que, frecuentemente, cuando analizamos las grandes problemáticas, los métodos de investigación «tradicionales» de las ciencias sociales, análisis cualitativo o cuantitativo, no son útiles. Y esto es así porque el poder interviene, y los poderosos quieren que no exista transparencia. Esto fue más evidente cuando intenté estudiar las entrañas del BM.

Déjenme llevarlos a 1975, cuando recién terminaba mi doctorado en Princeton. En ese periodo, no tenía intención alguna de perseguir una carrera académica. En ese momento mi misión era clara: derrocar la dictadura de Ferdinand Marcos. Por ello me afilié a una red internacional vinculada con el movimiento clandestino en Filipinas. Era un activista de tiempo completo. Viajé a Washington y ayudé a crear una oficina de enlace con el congreso de Estados Unidos para restringir la asistencia que recibía el régimen de Marcos. Muy pronto, sin embargo, para hacer

un trabajo efectivo, tuvimos que investigar todos los canales por los que Marcos recibía asistencia. Descubrimos que gran parte de la ayuda estadounidense hacia Marcos era canalizada a través de instituciones multilaterales como el BM. De inmediato reconocimos la falta de transparencia del Banco, lo que impedía obtener información confiable sobre sus programas. La única información que obtuvimos provino de comunicados de prensa «convenidos». Era claro que para mostrar lo que el BM estaba haciendo, era necesario obtener los documentos desde las entrañas del organismo. En un principio, logramos, lentamente, conformar una red de informantes dentro del Banco. Se trataba de simpatizantes. Liberales con conciencia. Nuestro trabajo tenía como objetivo crear una red de contrainteligencia dentro del mismo BM, pero también dentro del Departamento de Estado y otras agencias del gobierno estadounidense.

Y, en efecto, estas personas nos entregaron varios documentos en un proceso tedioso pero necesario. La información, sin embargo, no era suficiente por lo que implementamos medios más radicales. Mis asociados y yo investigamos los patrones de comportamiento de los empleados del Banco, y dimos cuenta de que durante varios días del año no había personal en sus instalaciones. Por ejemplo, en Navidad, en el día de Acción de Gracias, Año Nuevo, el 4 de julio, etcétera. En esos días y durante un periodo de 3 años, íbamos al Banco pretendiendo que regresábamos de una misión. Desalineados y cansados decíamos que veníamos de África, India, etcétera. Los guardias de seguridad siempre nos pedían nuestras identificaciones y cuando pretendíamos buscarlas con caras demacradas, simulando agobio, nos daban el pase sin verlas. Siempre funcionó. La seguridad en esos días era muy relajada, a diferencia de hoy en día. Una vez adentro, éramos como niños en una tienda de dulces. Tomábamos tantos documentos como podíamos, no sólo del caso filipino, y sacábamos copias en las mismas instalaciones. ¡Esto sucedió a largo de tres años! Los documentos sobre Filipinas, alrededor de 3,000 páginas sobre cada proyecto y programa, nos brindaron una visión de conjunto de la relación entre dos instituciones autoritarias y poco transparentes: el BM y el régimen de Marcos. En primer lugar organizamos conferencias de

prensa para divulgar los documentos pieza por pieza, pese a la molestia del Banco y del régimen de Marcos. En un segundo momento publicamos un libro, en 1982, titulado *Development Debacle: The World Bank in the Philippines*. Este libro ayudó a desenmascarar el régimen de Marcos.

A partir de esta experiencia aprendí que los métodos ortodoxos tienen sus límites y que para hacer investigación efectiva, muchas veces, se tiene que romper la ley. Pero uno tiene que ser absolutamente profesional en el proceso. Fuimos cuidadosos respecto a compartir la experiencia, y no pudimos comentar cómo obtuvimos los documentos hasta 10 años después (1992), cuando la posibilidad de ser enjuiciados había prescrito. De lo contrario, nos hubieran condenado a 25 años de cárcel por haber entrado sin autorización a las instalaciones del BM. Quizá por buen comportamiento, hubiéramos acortado el tiempo en cárcel y obtenido libertad condicional. Pero el riesgo estaba presente.

La decisión, sin embargo, no fue nada fácil. Nunca es cómodo decidir violar la ley, no sólo por la pena consecuente sino porque el respetar la ley está altamente socializado. Pero creímos que no teníamos alternativa. La verdad estaría enterrada en las bóvedas del BM si no hubiéramos hecho esto.

TEORÍA Y PRÁCTICA

La tercera lección refiere a la tensión entre el análisis y la acción, entre la verdad y la política. No es fácil dimensionar esta relación, dado que nuestro lado moral está condicionado, especialmente cuando tenemos que analizar verdades incómodas. La primera vez que experimenté el condicionamiento entre verdad y política fue durante mi disertación doctoral.

En 1972 comencé mi investigación sobre la organización política en los barrios pobres de Santiago de Chile durante el periodo revolucionario. En ese momento, sentí una gran simpatía por el gobierno de Salvador Allende y su llamado «camino pacífico al socialismo», esto selló mi militancia como progresista.

Sin embargo, después de tres meses en los barrios pobres, me di cuenta de que el país no estaba experimentando una profunda revolución sino una contrarrevolución. La revolución de Allende estaba siendo asediada. Si planeaba hacer investigación relevante, debía estudiar la contrarrevolución. Escogí revisar las dinámicas de la contrarrevolución, así que entrevisté a personas de clase media y a gente de derecha que no entendía por qué una persona como yo les preguntaba por Allende y su gobierno. Frecuentemente, los entrevistados eran hostiles y, de hecho, estuve a punto de ser golpeado en dos ocasiones. Algunos pensaban que era un agente cubano encubierto y me reprochaban los periódicos de izquierda, que inocentemente cargaba, junto con otros diarios más conservadores. Se burlaban y me pedían que me retirara, pese a que les explicaba lo importante que era para mí seguir el debate en la prensa escrita.

Para mediados de 1972, era evidente que estas personas, muchos de ellos jóvenes afiliados al Partido Demócrata Cristiano, controlaban las calles de Santiago, algo que me recordaba a lo sucedido en la Alemania nazi y en la Italia fascista. Eventualmente, terminé mi investigación, regresé a Princeton y participé en un grupo de solidaridad que estaba en contra de la dictadura de Pinochet. Para ese entonces era tanto activista como intelectual. Intentaba entender el conflicto de clases en tiempos revolucionarios. Mi tesis, titulada *Las raíces y dinámicas de revolución y contrarrevolución en Chile*, terminó comparando el papel contrarrevolucionario de la clase media en Chile en 1971-1973 y su papel en Italia y Alemania en 1920.

Dos verdades políticamente inconvenientes, para usar las palabras de Al Gore, se hicieron evidentes en el transcurso de mi trabajo de disertación. Primero, contrario a las explicaciones del golpe de Estado, que atribuía el éxito de Pinochet a la intervención de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos, encontré que la contrarrevolución estaba presente antes de la llegada de Estados Unidos. Esto fue resultado de las dinámicas de clase dentro del país. Además, las élites en Chile se conectaron con sectores de la clase media para hacer avanzar la contrarrevolución, y esto fue posible ante el temor de que la clase popular y los pobres avanzaran su agenda de

justicia y equidad. En pocas palabras, la intervención de Estados Unidos fue exitosa porque se insertó a un proceso contrarrevolucionario en proceso. La desestabilización de la CIA fue otro factor, pero no decisivo. Esto no es algo que a los progresistas gusta escuchar, ya que muchos explican el hecho en blanco y negro, es decir, poniendo la responsabilidad en el exterior, en Estados Unidos.

La segunda verdad inconveniente que surgió de mi tesis doctoral fue el papel decisivo de la clase media. Entre liberales y progresistas de ese tiempo, era común describir a la clase media como aliada de la clase trabajadora y las clases bajas. Se le consideraba como una fuerza democratizadora importante. El *Hombre político* de Seymour Martin Lipset tuvo mucho que ver con esto, así como la política del frente popular, cercano al marxismo-leninismo. Mi tesis mostró, contrario a esta percepción, que la clase media no necesariamente es una fuerza democratizadora en los países en desarrollo. De hecho, cuando las clases pobres eran movilizadas con una agenda revolucionaria, la clase media se convertía en base de la contrarrevolución, como en Alemania e Italia en los años de 1920s, época en que la clase media suministraba los soldados de a pie a los movimientos fascistas.

Pero los progresistas aceptaban esta caracterización de la clase media porque muchos de ellos provenían de esa clase. De hecho, años después, tuve que defender mi postura en una reseña del libro de Naomi Klein, *La doctrina del shock* (Bello, 2008a). El retrato de Klein sobre el golpe de Estado a Allende, como producto de un complot entre los militares y los *Chicago Boys*, es decir, derivado de una alianza sin masa de apoyo, es simplista y equivocado. Es como explicar que el derrocamiento de Thaksin Shinawatra, en Tailandia, en septiembre de 2006, fue producto exclusivo de una conspiración entre militares y algunos miembros del Consejo Real Privado, sin dar crédito al papel de las clases medias para generar las condiciones políticas necesarias. Así como la clase media de Tailandia en el caso de Thaksin, la clase media chilena tuvo un papel central en el derrocamiento de Allende. Es responsabilidad del intelectual público el señalar tales verdades, las cuales no son convenientes desde el punto de vista personal.

La tensión entre verdad y política se hace más grande cuando el intelectual público es parte de una organización política. ¿Qué sucede cuando las demandas por la verdad y las demandas de la organización colisionan? Este ha sido el gran temor de los intelectuales de izquierda, dado que nuestra moral o visión política es muy demandante. En la gran batalla en contra de la derecha, contra la reacción y el imperialismo, hay una presión por ignorar, racionalizar e, incluso, defender: los abusos cometidos por nuestro bando.

A finales de la década de 1980, los medios empezaron a filtrar que el Partido Comunista de Filipinas, al cual me encontraba afiliado, llevó a cabo una purga masiva de cuadros mediante ejecuciones sumarias en las provincias. Estaba tan perturbado que de inmediato investigué el asunto a mi regreso a Filipinas en los 80s. Lo que descubrí fue realmente turbulento. El Partido se había embarcado en un proceso de destrucción interna, detonado por la ejecución de 2,000 cuadros por sospecha de ser espías militares. Entrevisté a ambos bandos, víctimas y ejecutores, y el estudio se convirtió en el primero en exponer el episodio (Bello, 1992). La investigación también se convirtió en un esfuerzo por reformar al partido para incluir los derechos humanos individuales e institucionalizar, desde sus entrañas, un sistema objetivo e imparcial en la impartición de justicia. A razón de este estudio se me catalogó como «Gorbachevite» (lo que signifique) y contrarrevolucionario. Que yo continuara con mi lucha en contra de la hegemonía estadounidense y las políticas neoliberales, además de caracterizarlas como el principal obstáculo para el desarrollo económico y político de Filipinas, no fue tomado en cuenta. Me encontraba bien acompañado, a pesar de lo anterior. Nikolai Bukharin, una de las figuras que más he admirado, fue juzgado en los juicios de Moscú, en 1973, como un agente de la Alemania nazi. Eventualmente me alejé del Partido, dado que había dejado de ser el instituto al que me afilié en 1974.

Mi experiencia no es única. Intelectuales combativos en otros periodos y bajo otras circunstancias se han enfrentado al mismo contexto: aceptar línea o romper con la organización, o, incluso, al movimiento. Varios,

desafortunadamente, han llegado al punto de apoyar al movimiento, pese a sus abusos, porque los fines son justificables dado el objetivo final. Otros rompen con el movimiento de cambio porque ciertamente el objetivo no puede divorciarse del proceso para lograrlo. Este es el momento de la verdad, cuando tienen que decidir por mantenerse leales al partido, institución, movimiento, o permanecer fieles a su papel como intelectuales críticos y combativos. No es una decisión fácil y tampoco puede estar uno seguro de haber tomado el camino correcto. Además, uno encuentra muy difícil juzgar a los que han tomado un camino diferente al propio.

El trabajo intelectual y político son complementarios. Pero también existen bajo un campo de tensión. Vivir esta tensión es un gran reto, y, desde mi punto de vista, uno de los principales errores del intelectual es subordinar la verdad al poder, bajo la creencia de que es la mejor ruta a la justicia. Se necesita poder para encontrar la verdad e impartir más justicia, pero uno no puede permitir que la verdad se capture y subordine al poder.

No estoy 100 por ciento seguro de que he tomado las decisiones adecuadas. Desde luego, mis enemigos, que incluyen al BM, la OMC y el Partido Comunista de Filipinas, esperan que mis decisiones hayan sido erróneas y aguardan con ansia que el destino me castigue. En este sentido, alguien dijo alguna vez que una de las certezas de ser un intelectual comprometido es el acumular más enemigos que amigos. Yo agregaría, además, que pocas son las conexiones o relaciones que uno hace bajo estas circunstancias, como Hugo Chávez, Hamas y Hezbollah, las cuales precisamente originan a más enemigos.

La presencia de la intelectualidad pública es más necesaria hoy en día. Sobre todo por los grandes problemas que enfrentamos: cambio climático, globalización, crisis financieras y crisis universal de la democracia. Estos son tiempos en los que en todos lados —Estados Unidos, Filipinas, Tailandia, China— es casi imposible ejecutar la investigación ortodoxa; además de que se ha hecho costumbre mantener una distancia cómoda respecto al objeto de estudio. Al mismo tiempo que nos invo-

lucramos, es útil recordar que el intelectual público se enfrenta al reto contradictorio y multifacético de vincular la verdad con el poder, evidenciar la verdad frente al poder y contrastar la verdad con el poder. El cómo balancear estos conflictos es el reto que el intelectual tiene que enfrentar.

Déjenme terminar este artículo repitiendo lo que dije cuando recibí el *Outstanding Public Scholar Award by the International Studies Association* en 2008. El premio fue, en mi opinión, un tributo a todos los intelectuales públicos, y como lo manifesté en ese entonces:

[... el premio] representa una trayectoria que no pocos han tomado; un camino que no otorga seguridad y reconocimientos; pero que es tan importante para el interés público, como lo es el trabajo del profesor o el analista. Yo no creo que haya sido mejor intelectual público que otros. Ciertamente, pienso que en un mundo lleno de contingencias, he tenido un poco más de suerte y no me he enfrentado a las situaciones realmente complicadas y a las decisiones realmente difíciles (Bello, 2008b).

REFERENCIAS

- BANERJEE, A., A. Deaton, N. Lustig and K. Rogoff (2006), *An Evaluation of World Bank Research, 1998–2005*, Washington, World Bank.
- BELLO, W. (1992), «Crisis of the Philippine Progressive Movement: A preliminary investigation», *Kasarinlan: Philippine Journal of Third World Studies*, vol. 8, num. 1, pp. 166–177.
- (2008a), «A very capitalist disaster», *Review of International Political Economy*, vol. 15, num. 5, pp. 881–891.
- (2008b), «Acceptance speech at the Outstanding Public Scholar Award Panel», *International Studies Association, 49th Annual Convention*, San Francisco, California, 27 March.
- BROAD, R. (2006), «Research, knowledge and the art of ‘paradigm maintenance’: The World Bank’s development economics vice-presidency (DEC)», *Review of International Political Economy*, vol. 13, num. 3, pp. 387–419.